

XXXIX.

»Así el antiguo pueblo de Judea
No tocaba á la gente de Samária.
Otras cosas no os digo en que se emplea
Esta gente, de usanza estraña y vária:
Solo el Náire es dispuesto á la pelea:
Solo él defiende de agresion contraria
A su Rey, á llevar acostumbrado
A izquierda escudo, espada al diestro lado.

XL.

»Brahmenes son sus hombres religiosos,
Nombre antiguo de escelsa preminencia,
Y observan los preceptos muy famosos
De uno que el primer nombre dió á la ciencia:
No matan nada vivo, y temerosos,
De carne observan rígida abstinencia:
De mujer solo, en grato ayuntamiento,
Tienen menos estrecho mandamiento.

XLI.

»Ellas comunes son, mas solamente
Para los de la grey de sus maridos:
¡Felice condicion, dichosa gente
Que no son por los celos ofendidos!
Estos y otros más usos variamente
Son por los Malabares muy cumplidos:
Rica es la tierra en suelo y en marina,
Comerciante en el mar del Nilo al China.»

XLII.

Esto el Moro decia: mas vagando
La Fama ya por la ciudad andaba
Del viaje de esta gente estraña, cuando
A saber la verdad el Rey mandaba.
Ya vienen por las calles caminando,
(Y toda edad y sexo les cercaba)
Los Grandes, que á traer son elegidos
Al jefe de los náutas atrevidos.

XLIII.

Este, que ya del Rey tiene licencia
Para desembarcar, acompañado
De nobles Portugueses, con urgencia
Parte, de ricas galas adornado.
De colores la hermosa diferencia
La vista alegre al pueblo alborozado;
Y el remo hiere, acompasado y frio,
Primero el mar, y luego el fresco rio.

XLIV.

En la playa un rector del reino habia
Que en lengua suya Catüal se llama,
Rodeado de Naires, que venia
Con desusada fiesta al noble Gama.
Ya en sus brazos en alto le tenia
Y de un portátil lecho en rica cama
Le coloca (segun estilo usado)
Que por fornidos hombros es llevado.

XLV.

De este arte el Malabar, de este arte el Luso,
 Caminan á dó el Rey ya les espera:
 Los otros Portugueses van, al uso
 De sus infantes, en escuadra fiera:
 El pueblo que concurre está confuso
 De ver la estraña gente, y bien quisiera
 Preguntar: mas de tiempo asaz pasado
 Entenderse en Babel les fue vedado.

LXVI.

El Gama y Catual iban diciendo
 Cosas que la ocasion les ofrecia
 Monzaide entre los dos va traduciendo
 Las palabras que de ambos entendia.
 Por la ciudad en tanto discurriendo,
 A dó sublime fábrica se erguia
 De templo suntuosísimo llegaban;
 Por las puertas del cual juntos entraban.

XLVII.

En él están de dioses las figuras
 Escultas en madera y piedra fría:
 Varias en gesto, varias en pinturas,
 Segun que allí el demonio las fingía:
 Se ven abominables esculturas
 Cual Quimera, que en miembros mil varía.
 Los Cristianos, á Dios acostumbrados
 A ver en forma humana, están pasmados.

XLVIII.

Este, con cuernos en la frente erguidos,
 Cual Júpiter Hamón en Libia estaba:
 Aquel dos rostros en un busto unidos,
 Como el antiguo Jano se mostraba:
 Uno con muchos brazos esparcidos
 A Briaréo parece que imitaba:
 Otro con faz de perro está que azora,
 Cual á Anubis Memfítico se adora.

XLIX.

Hecha allí de aquel ciego pueblo impío
 La adoracion fanática frecuente,
 Caminan ya derecho, sin desvío,
 Donde está el Rey de la pagana gente:
 Van, engruesando el bárbaro gentío,
 Los que á ver van al Capitan valiente,
 Y están por las ventanas y tejados,
 Mujeres, mozos, viejos agolpados.

L.

Ya llegan cerca, y no con pasos lentos,
 De los jardines bellos y olorosos,
 Que en sí cierran los regios aposentos,
 No muy altos de muros, mas suntuosos;
 Que edifican los nobles sus asientos
 Cercados de arboledos deleitosos;
 Y así viven los Reyes de esa gente
 En la ciudad y el campo juntamente.

LI.

Del cercado en las puertas, con destreza
De la Dedálea facultad, se nota
En trazadas figuras la nobleza
De la India y su historia más ignota;
Y recuérdanse allí con tal viveza
Los sucesos de aquella edad remota,
Que quien bien los conoce y ha aprendido,
Goza de la verdad en lo fingido.

LII.

Era un inmenso ejército, que pisa
La oriental tierra que el Hidaspe lava:
Le rigé un Capitan de barba lisa
Que con tirsos frondíferos peleaba:
Por él edificada estaba Nisa,
Al pie de un rio que á su voz manaba:
Y es tal, que si Seméle allí estuviera,
Que su hijo es aquel pronto dijera.

LIII.

Más delante, bebiendo, seca el rio
Muy grande multitud de Asiria gente,
Sujeta al femenino señorío
De mujer, cuanto bella, incontinente:
Allí esculpido tiene el nunca frío
A su lado, feroz ginete ardiente,
Con quien sostiene un hijo competencia:
¡Nefando amor, brutal concupiscencia!

LIV.

De allí más apartadas tremolaban
(Tercera monarquía) las gloriosas
Banderas de la Grecia, y subyugaban
Del Gange hasta las aguas caudalosas:
A un capitan mancebo se postraban
Circundado de palmas valerosas,
Que no ya de Filipo, mas de fijo
Se proclama de Júpiter por hijo.

LV.

Admirando el Lusiada estas memorias,
Al Capitan el Catüal le dice:
«Pronto tiempo vendrá que otras victorias,
Las que viendo ora estais despreconice:
Aquí se han de escribir nuevas historias
De gente estraña que vendrá felice,
Que nuestros sabios magos lo alcanzaron,
Cuando tiempos futuros consultaron.

LVI.

»Y les dijo ademas su maga ciencia,
Que para contrastar fuerza tamaña,
No valdrá de los hombres resistencia,
Que es contra el cielo inútil mortal maña;
Y añadió, que la bélica escelencia,
En paz y en guerra, de la gente estraña
Será tal, que hará el nombre esclarecido
Del vencedor, la fama del vencido.»

LVII.

Así hablando, ya entraban en la sala
 Donde aquel Imperante poderoso
 En un lecho descansa, al que no iguala
 En precio ningun otro primoroso:
 En la muelle postura se señala
 Venerando señor y bondadoso;
 Y paño de oro ciñe su cabeza,
 Que con preciosas joyas se adereza.

LVIII.

Baja la vista, en actitud muy sierva,
 Un viejo cerca dél, de cuando en cuando,
 Hoja verde le da de ardiente yerba,
 Que está, según su estilo, ruminando.
 A un Brahamene elevado se reserva
 Que á Gama á lentos pasos avanzando,
 Le tome, y al monarca le presente,
 Que, ya ante sí, le indica que se siente.

LIX.

Gama, sentado junto al rico lecho,
 Y más lejos la corte que ora asista,
 Mirando el Samorim está deshecho
 El traje, el gesto, la actitud no vista:
 Sacando aquí la voz del sabio pecho,
 Que grande autoridad pronto conquista
 En la opinion del Rey y el pueblo todo,
 El Capitan prorumpe de este modo:

LX.

«Un grande Rey de los lugares donde
 Con perpetuo girar voluble el cielo
 Con la tierra á la tierra el sol esconde,
 Dejando la que queda en negro velo,
 Al oír del rumor, que allá responde
 El eco, de que está del Indio suelo
 En tí todo el poder, la fuerza entera,
 Quiere á tí unir en amistad sincera.

LXI.

»Y para que te anuncie á tí me manda,
 De largas vueltas anudando el hilo,
 Que cuanto por el mar y tierras anda
 De riquezas, de allá del Tajo al Nilo,
 Y de las frias playas de Zelanda,
 Hasta donde en los dias ya de estilo
 No muda el sol sobre la gente Etiópia,
 De todo hay en su reino inmensa copia.

LXII.

»Y si quieres con pacto y con alianzas
 De paz y de amistad sacra y desnuda
 Comercio consentir de las sobranzas
 De uno y otro pais que el cielo ayuda,
 Para acrecer sus rentas y abastanzas,
 Por que tanto trabaja el hombre y suda,
 Eso dará á los reinos ciertamente
 Provecho, y á vosotros gloria ingente.

LXIII.

»Y mientras ese nudo de amistades
Entre los dos bien firme permanezca,
Pronto en todo rigor de adversidades
Que por guerras ó males se te ofrezca,
Le verás, dirigir á tus ciudades
Sus huestes, y que hermano te aparezca:
Saber sobre esto tu opinion aguardo,
Y qué he de verte en responder no tardo.»

LXIV.

Tal embajada el Capitan espone
Á quien el Rey gentil le respondia:
Que el recibir gran gusto le ocasione
Embajador que tan de allá venia:
Mas que en caso tan grave se propone
Escuchar al consejo que tenia,
Tomando exacto informe de quién era
La gente, el Rey, la tierra que dijera.

LXV.

Y que del largo viaje pena y susto
Podia en tanto descansar, que en breve
Despacho le daria de su gusto,
Que en respuesta á su Rey contento lleve.
Pone en esto la noche el corte justo
Del hombre á los afanes, por que cebe
En el sueño sus miembros trabajados,
Y en el ocio los ojos no ocupados.

LXVI.

A Gama y Portugueses generoso
Agasaja en su espléndido aposento
Del Indio puerto el Regidor celoso,
Con fiesta y general contentamiento.
Al Catiál le cumple en el penoso
Cargo que del Rey tiene en regimiento,
Saber de dó la gente estraña viene,
Qué costumbres, qué tierra, qué ley tiene.

LXVII.

No bien alumbra el carro del brillante
Mancebo Déljo que la luz renueva,
Llamar manda á Monzaide en el instante,
Para informarse de la gente nueva:
Pregúntale, curioso y anhelante,
Si tiene claro indicio, ó cierta prueba
De quiénes son; que á sus oidos vino
Que es pueblo al pueblo suyo muy vecino.

LXVIII.

Y que en particular allí le diese
Informacion muy larga, pues hacia
Servicio en eso al Rey, con que ejerciese
Lo mejor que en el caso convendria.
Y respondió Monzaide: «Aunque quisiese
Decirte yo más que esto, no podria;
Que todos ellos son de allá de España
Dó en mi patria y el mar el sol se baña.

LXIX.

»Ley de un Profeta siguen, engendrado
Sin hacer en la carne detrimento
De la madre, pues hijo es aclamado
Del Dios que tiene el orbe en regimiento.
Lo que entre mis antiguos hay probado
Es que es muy grande su poder, sangriento
En armas, dó su brazo resplandece,
Como en su contra y daños aparece.

LXX.

»Por que ellos los lanzaron con no humana
Potencia de los campos abundosos
Del rico Tajo y rápido Guadiana,
Con hechos memorables y famosos:
Y sin parar aun en la Africana
Tierra, cortando mares procelosos,
No nos quieren dejar vivir seguros,
Sin temer á Ciudades y altos muros.

LXXI.

»Ni menos han mostrado esfuerzo y maña
En otras varias guerras que han tenido,
Ó con gentes beligeras de España,
Ó que hayan del Piréne descendido:
Así que nunca, en fin, por fuerza estraña
Fue su valor postrado ni vencido;
Ni se sabe que salga en ningun suelo,
Para Aníbalés tales, un Marcelo.

LXXII.

»Y si esta informacion no fuese entera,
Y saber de ellos mismos se te antoja,
Entiende que es veraz gente y severa
Y á quien engaño y falsedad enoja:
Vé á ver su flota y hueste, y la manera
Del fundido metal que muerte arroja;
Y te holgarás de ver la alta pericia
Portuguesa en la paz y la milicia.»

LXXIII.

Ya por ver el Idólatra se muere
Cuanto el Moro de aquellos le contaba:
Manda equipar bateles, que ver quiere
Las náos en que el Luso navegaba.
Salen los dos del puerto, á ellos se adhiere
Naire generacion que el mar cuajaba,
Y á montar van del Capitan la nave
Dó Pablo atento recibirlos sabe.

LXXIV.

Púrpúreos son los toldos; las banderas,
De trama del vellon que el Tajo cria,
Pintadas allí lucen las guerreras
Proezas que el Lusiada acabó un dia:
Lizas en campo abierto aventureras,
Desafios de muerte: ¡historia impía
Que usoessiempre que espante y que deslumbre
A Gentil y á Cristiana muchedumbre!

LXXV.

Empieza el Indio á preguntar: mas Gama
Le suplica primero que se siente,
Y que el suave deleite que más aña
La Epicúrea familia experimente:
Del espumante vaso se derrama
El licor que Noé mostró á la gente.
Mas el Gentil que le dispensen pide,
Que la secta que sigue se lo impide.

LXXVI.

Rompe el aire el clarín, que el pensamiento
Es en la paz de trances militares,
Con el fuego el diabólico instrumento
Se hace oír en el fondo de los mares.
Todo el Catual lo nota: mas atento
Está siempre á los hechos singulares
De aquellos hombres cuya imágen propia
Traza allí la pintura en muda copia.

LXXVII.

Allí el Gentil de pie, de Gama junto
Y Coello también, y el Mauritano,
Ponen la vista en el marcial trasunto
De encanecido viejo soberano,
Cuyo nombre jamás será difunto
Mientras hubiere en el mundo trato humano:
Su traje, que es de griego estilo muestra,
Y un ramo por señal lleva en la diestra.

LXXVIII.

Un ramo por señal... Mas ¡oh cuán ciego
Yo que emprendo con paso temerario,
Sin vosotras del Tajo y del Mondego,
Por tan rudo camino, estenso y vario!
Vuestro favor imploro: que navego
Por alto mar con viento tan contrario,
Que si no me ayudais, al cielo plegue
Que mi batel muy pronto no se anegue.

LXXIX.

Mirad que há tiempo mucho que cantando
Vuestro Tajo voy ya, vuestros Lusiadas,
Y fortuna me trae perégrinando,
Sufriendo sus injurias duplicadas;
Ayer peligros de la mar pasando,
Hoy de Marte las furias desatadas,
Cual Canáce, ya pronto á la hora suma,
Una mano en la espada, otra en la pluma.

LXXX.

Ora con la pobreza aborrecida,
Por ajenos hospicios degradado:
Ora de la esperanza ya adquirida,
De nuevo, más que nunca derribado:
Ora escapando apenas con la vida,
Que de un hilo pendía tan delgado,
Que no menos milagro fue librarse,
Que al Rey judáico en el cubil salvarse.

LXXXI.

Y aun así, Ninfas mías, no bastaba
 Que tan grandes miserias me oprimiesen,
 Sino que aquellos que cantando andaba
 Tal precio por mis versos me volviesen.
 A trueque de descansos que esperaba,
 De coronas de lauro que me diesen,
 Trabajos nunca vistos me inventaron
 Con que á estado tan triste me arrojaron.

LXXXII.

Ved ¡oh Ninfas! qué engendros de señores
 Vuestro Tajo produce valerosos
 Que así saben premiar con sus favores
 A quien los hace con cantar gloriosos.
 ¡Qué ejemplos á futuros escritores,
 Que despierten á ingenios perezosos
 Que aquellas cosas den á la memoria,
 Que merecen tener eterna gloria!

LXXXIII.

En tantos males, pues, séame dado
 Solo que vuestro amor no me fallezca,
 Principalmente aquí, que ya he llegado
 Donde diversos hechos engrandezca:
 Vuestro amparo me dad, que yo he jurado
 No gastarle en quien bien no lo merezca;
 Y ni por miedo al daño que ya espero,
 Ensalzaré á los altos lisonjero.

LXXXIV.

Ni creais que yo fama nunca diera
 A aquel que al bien comun de inmensas greyes
 Su privado interes antepusiera,
 Adverso á humanas y á divinas leyes:
 Ni á ningun ambicioso que quisiera
 A los mandos subir que dan los Reyes
 Solo para, con torpes ejercicios,
 Poder usar más ancho de sus vicios.

LXXXV.

A nadie que poder quiera bastante
 Para el servicio de designio feo,
 Y que por complacer al vulgo errante,
 De más formas se vista que Protéo:
 Ni tampoco penseis, Musas, que cante
 Al que, hipócrita en traje honesto veo,
 Por contentar al Rey en nuevo oficio,
 Robar y hacer al pueblo maleficio.

LXXXVI.

Ni á quien juzga que es justo y caso estrecho
 Guardar leyes del Rey severamente,
 Y no piensa que es justo y de derecho
 Que se pague el sudor de pobre gente:
 Ni á quien siempre, con poco osado pecho,
 Razones busca, y cuida que es prudente
 Con mano avara al premio poner tasa
 De trabajos ajenos que él no pasa.

LXXXVII.

Yo solo he de decir los que espusieron
Por su Dios y su Rey la amada vida,
Que, haciéndola inmortal, la revivieron
A la luz de su gloria esclarecida.
Febo y las que hasta agora me siguieron
Me doblarán la llama concedida,
Mientras que tomo aliento, descansando,
Para seguir despues mayor cantando.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.

LOS LUSIADAS.

—
CANTO OCTAVO.